

Espiritualidad de Encarnación y encarnación de una espiritualidad

Conocí a la Congregación de los Padres del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram en República Centroafricana, pero no fue sino en el noviciado en donde verdaderamente descubrí y profundicé su espiritualidad.

San Miguel Garicoïts, nuestro fundador, estuvo siempre atento a los valores religiosos y humanos de su tiempo. Este hombre, que fue un gran educador, director espiritual y superior de seminario, permanece un modelo de vida actual, sobre todo en la sociedad rebelde y desencantada como es la nuestra.

Para encontrar a este maestro espiritual, lleno de espíritu apostólico, hay que conocer su pensamiento y sus obras. El Santo de Betharram hizo del amor el valor supremo de su ideal. Así escribe: *“Dadme un corazón que ame verdaderamente. Cree, gusta las cosas de Dios, corre, vuela tras los pasos de nuestro Señor Jesucristo...”* (DS 111)

Esta realidad del amor se concreta rápidamente: su compromiso pastoral atrae a numerosos fieles, incluso los más tibios encuentran el camino de la iglesia. Se entrega a los pobres, principalmente a los más desprovistos sin dudar en sacar de sus recursos, por otra parte muy pequeños. En su apostolado, tiene en cuenta los cuerpos y también las almas.

También los enfermos son el objeto de sus previsiones, al punto de suscitar entre ellos conversiones; su solicitud por los moribundos no tiene límites – no se cuentan sus correrías a caballo para llegar a su lecho y darles la ayuda de los sacramentos (*lo mismo para los accidentados del trabajo*).

El amor que san Miguel tenía por el prójimo no tenía nada de idealista: era un amor activo, un amor dispuesto a sufrir todo. Sobre todo, su ejemplo nos enseña que Dios no quiere simples espectadores, incluso admiradores, sino actores. Tal fue el principal cuidado del Santo: transmitir esta pasión a sus primeros compañeros. “Al dar nacimiento al Instituto, su fin era formar y agrupar hombres sedientos de amor para con el corazón de Jesús, imbuidos de sus sentimientos, entregados a su causa”, atestigua el P. Etchecopar.

San Miguel tomó conciencia del amor que Dios lleva, ese amor no es cualquiera, lo pagó con el don de su propio Hijo para que fuera *“el atractivo del amor divino, el modelo que nos muestra las reglas del amor”*. Este amor es el impulso que permite a los religiosos de Betharram ver las necesidades, espirituales y materiales, de las sociedades en donde viven. En África, en donde he trabajado como cooperador durante cinco años, me he dado cuenta que si nuestros padres consagraban su vida al apostolado y a la promoción humana, es sólo porque estaban habitados por este amor revelado por nuestro fundador, y por la radicalidad del Evangelio. A pesar de las dificultades, a veces los fracasos, los peligros debidos a la inestabilidad política de ese país, nuestros religiosos viven nuestro carisma en ese rincón del mundo dejado de lado.

A lo largo de mi cooperación en República Centroafricana, he hecho la experiencia de olvidarme por los demás y de encontrarme a mí mismo. A partir de ahí, he decidido vivir en comunión con el Amor eterno libremente, he querido responder al Amor con amor.

Mi camino de religioso me ha llevado a Belén, aquí vivo actualmente, siempre empujado por el carisma a vivir en unión constante a Cristo que ha devuelto la vida al mundo por su encarnación, su muerte y su resurrección. Trato de permanecer a la escucha de los hombres, atento a los valores culturales, sociales y religiosos de mi entorno, buscando con paciencia a reconocer en ellos los signos del Reino (Cf. Regla de Vida 16).

Por el misterio de la Encarnación, Jesús dio rostro a lo invisible. Esto me ha abierto a otra dimensión de lo cotidiano, me llama a comprometerme en pleno mundo, en una experiencia cuya convicción de fondo y la fidelidad se enraízan en el Evangelio.